

HISTORIA SOCIAL EN LA DICTADURA FRANQUISTA: APOYOS SOCIALES Y ACTITUDES DE LOS ESPAÑOLES¹.

Manuel Ortiz Heras², Universidad de Castilla-La Mancha

En el seno de la historiografía sobre el franquismo se ha consolidado una reiterada denuncia: la escasa y mala historia social sobre la dictadura, la ausencia o exigua atención que algunos aspectos habían provocado en la disciplina. Pretendo demostrar aquí que el estado actual de la cuestión nos permite ser ahora más optimistas porque ha mejorado considerablemente esta parcela. A principios de la década de los noventa promovimos un debate sobre algo poco o nada tratado hasta el momento: las actitudes sociales ante la dictadura³. En la posterior publicación, presentando la gama de actitudes de los españoles ante el régimen, D. Ruiz detectaba la existencia de conflictos, apoyos sociales, oposiciones y una variada gama de actitudes individuales y colectivas que nos permitieron profundizar en el tema. No obstante y sin que sirva de justificación pero sí como atenuante de los posibles ‘errores’ cometidos por la historiografía –no sólo española-, creo necesario recordar que en el fondo subyacen bastantes tópicos y dogmas que nos obligan a “pecar” de reduccionistas o simplistas a la hora de hablar de fascismo o, en nuestro caso, de franquismo como movimiento bárbaro, reaccionario, antimoderno, pequeñoburgués, sin ideología y encaminado irreversiblemente a la pura acción. A ello también ha contribuido el predominio de estudios que sobrevaloran los aspectos políticos, económicos e ideológicos y que han dejado al margen “lo social”.

Abordaré dos frentes: el análisis de los trabajos aparecidos en la última década, aproximadamente, sobre historia social, por un lado, y por otro, y en particular, aquellos que han procurado captar los distintos comportamientos y actitudes que la dictadura generó en la masa social, es decir, indagaremos en la teoría del consenso y los apoyos sociales de la dictadura⁴. Este tipo de ejercicios es muy saludable para la historiografía de un tema que corre el peligro de desbordar antes de llenar, es decir, de provocar cierto empacho por acumulación de estudios reiterativos sin llegar, en muchos aspectos, a la médula del tema cuando la siempre presente historiografía revisionista trata de lacrar algunas páginas sin que se hayan empezado a abrir⁵. Capítulo especial merecen las fuentes para este tipo de investi-

¹ Publicado en *España Contemporánea*, 2005, n. 28, pp. 169-185.

² Este trabajo forma parte del proyecto de investigación BHA2002-03897 *Sociabilidad y movimientos sociales en Castilla-La Mancha (1959-1986)* que financia el Ministerio de Ciencia y Tecnología.

³ I. Sánchez, D. Ruiz, M. Ortiz (eds.), *España franquista. Causa General y Actitudes Sociales ante la Dictadura*, Cuenca, UCLM, 1993.

⁴ En realidad, pocos, desiguales y rígidos trabajos si nos dejamos llevar por las conclusiones de A. Cazorla Sánchez, *Las políticas de la victoria. La consolidación del Nuevo Estado franquista (1938-1953)*, Madrid, Marcial Pons, 2000.

⁵ Así lo he expresado en el libro que coordiné sobre la *Guerra Civil en Castilla-La Mancha. Del Alcázar a los Llanos*, Madrid, Celeste, 2000.

gaciones por sus dificultades, en particular, las que nos permitirían medir la opinión de los españoles en el primer franquismo, problema que es menos acuciante cuando disponemos de encuestas o informes de opinión, a pesar de su discutible elaboración por falta de libertad de expresión. Algunas experiencias con las fuentes orales, de especial relevancia para el avance de la historia social del período, nos pueden servir para ilustrar algunos de los planteamientos siguientes⁶.

A propósito de la historia social sobre el franquismo y aunque cada vez es más frecuente la adscripción de trabajos historiográficos al “seno de la historia social”, es probable que, todavía hoy, ésta sea más fácil de defender que de definir aunque no todo valga y no todo sea historia social. No olvidemos que sólo la pretensión de globalidad, de retratar la sociedad con sus luchas sociales y su contexto político se traduce en una historia social aceptable, pero no la que quizá ha tenido más fama o ha estado más de moda y que utilizaba a veces datos o perspectivas un tanto curiosas para explicar el conflicto social o más bien para ocultarlo⁷. Este recordatorio sirve para concluir que la historia social, en general, a pesar de su moda y su popularidad crecientes, tiene todavía no pocos detractores⁸.

La historia del movimiento obrero, que ha monopolizado durante varios años los estudios de historia social sobre la dictadura franquista, ha generado una copiosa bibliografía que desde hace unos pocos años está siendo renovada con nuevos planteamientos metodológicos y, sobre todo, con nuevos escenarios que, en parte, contribuyen a reescribir algunas tesis que se tenían por definitivas⁹. Pero se ha producido un notable desajuste entre la proliferación de estudios recientes sobre la etapa franquista y la escasa atención <<sobre los grupos sociales, y en particular sobre los trabajadores, sobre los condicionantes políticos y socio-económicos que determinaron sus condiciones de vida y de trabajo, sobre estas mismas condiciones, o sobre las formas de resistencia y reivindicación que debieron adoptar>>¹⁰. Sin embargo, tam-

⁶ M. E. Nicolás Marín, C. González Martínez, G. Bayona Fernández y M. J. Sánchez Pravia, *Actitudes de la sociedad murciana en la etapa 1936-1978*, en “V Jornadas Historia y fuentes orales. Testimonios y escritos. España 1936-1996”, Ávila, octubre 1996. Pp. 113-130.

⁷ M. Ortiz Heras, D. Ruiz González e I. Sánchez Sánchez (eds.), *Movimientos Sociales y Estado en la España Contemporánea*, Cuenca, Universidad de Castilla-La Mancha, 2001. Presentación, pp. 11-21.

⁸ J. Casanova, *La historia social y los historiadores ¿Centenaria o princesa?*, Barcelona, Crítica, 1991, pp. 164-165. M. A. Cabrera, *La crisis de la historia social y el surgimiento de una historia postsocial*, en “Ayer”, 2003, n. 51. Pp. 201-226.

⁹ Mucho ha cambiado el panorama desde el final de la dictadura franquista y en especial desde que J. Álvarez Junco y M. Pérez Ledesma publicaran su artículo en la “Revista de Occidente” titulado *Historia del movimiento obrero ¿Una segunda ruptura?*, 1982, n. 12. A pesar de todo, en tan corta trayectoria no hay motivos para la auto-complacencia. A. Barrio Alonso, *Historia obrera en los noventa: tradición y modernidad*, en “Historia Social”, 2000, n. 37, pp. 143-160.

¹⁰ C. Molinero y P. Ysás, *Productores disciplinados y minorías subversivas. Clase obrera y conflictividad laboral en la España franquista*, Madrid, Siglo XXI, 1998, P. VII. Más recientemente siguen recalando la trascendencia de la cuestión frente a la atención “relativamente reducida prestada por la historiografía”, *El malestar popular por las condiciones de vida. ¿Un problema político para el régimen franquista?*, en “Ayer”, 2003, n. 52, pp. 255-280. En esta misma línea había apuntado M.E. Nicolás Marín, *Conflicto y consenso en la historiografía de la Dictadura franquista: una His-*

bién aquí encontramos cambios importantes¹¹. Entre nosotros el peso del movimiento obrero, con un carácter eminentemente militante, todo hay que decirlo, ha sido determinante para la historia social en su conjunto. Sin embargo, cada vez cobra más fuerza la historia de los movimientos sociales como concepto más amplio que no desprecia otras formas de protesta popular diferentes a la obrera. No obstante ni podemos dar por cerrada la cuestión del movimiento obrero en el estado actual de la investigación, ni debemos dejar de ponderar sus ricas aportaciones¹².

El estudio de la conflictividad social durante el período franquista es un tema relevante que nos ha permitido conocer las necesidades de la gente dispuesta a movilizarse para conseguir sus reivindicaciones, y también observar las formas de articulación sociopolítica de que se dotaron los movimientos sociales que la impulsaban. Además, el estudio de la conflictividad social nos está acercando a algunas características del régimen que quedan ocultas en los análisis de carácter general¹³. Parece suficientemente demostrada la teoría de una conflictividad, de *baja intensidad* al principio, y de muy variada tipología a lo largo de todo el régimen. A través de testimonios orales, por ejemplo, podemos apreciar un enorme universo de posibilidades que representa una forma de protesta contra una parte o contra todo el sistema de dominación. El mundo del trabajo sufrió una completa transformación bajo el régimen pero no podemos hablar de éste como sujeto pasivo sino que intentó continuamente romper el estrecho marco al que había sido sometido.

En cuanto a la segunda cuestión a tratar, los primeros en abordar la teoría del consenso con los regímenes fascistas fueron los italianos¹⁴. Aunque muchos tardaron en com-

toría Social por hacer, en J. M. Trujillano, *IV Jornadas Historia y Fuentes Orales. Historia y Memoria del franquismo 1936-1978*, Ávila, 1994, pp. 27-38.

¹¹ F. Cobo Romero, *La historia social y económica del régimen franquista*, en "Ayer", 1999, n. 36, pp. 223-239. A ello han contribuido varios especialistas entre los que podemos destacar a J. Babiano, *Emigrantes, cronómetros y hudegas. Un estudio sobre el trabajo y los trabajadores durante el franquismo (Madrid 1951-1977)*, Madrid, Siglo XXI, 1995. Muy interesante también es su artículo *¿Un aparato fundamental para el control de la mano de obra? (Reconsideraciones sobre el sindicato vertical franquista)*, en "Historia Social", 1998, n. 30, pp. 23-38. J. Gómez Alén, *As CC.OO de Galicia e a conflictividade laboral durante o franquismo*, Vigo, 1995. Por citar una de las últimas y más sugerentes contribuciones al debate véase a C. Molinero y P. Ysás, *Economía y sociedad durante el franquismo*, en R. Moreno Fonseret y F. Sevillano Calero (eds.), *El Franquismo. Visiones y balances*, Murcia, Universidad de Alicante, 1999, pp. 271-296. Más recientemente podríamos incluir como ejemplos que constatan el interés por el tema las jornadas celebradas en Gijón sobre las huelgas de la minería en el año 1962, que se han desarrollado en julio de este año, precedidas por el libro coordinado por R. Vega, *Las Hudegas de 1962 en Asturias*, Gijón, Ediciones Trea, 2002. Así como algunas de las comunicaciones presentadas al segundo congreso de Recerques, *Enfrontaments civils: postguerra i reconstruccions*, Lleida, 2002. También se ha puesto de manifiesto en el *V Encuentro de Investigadores del Franquismo*, Albacete, 2003, con una mesa monográfica sobre el tema.

¹² J. Casanova, *La historia social..Op. Cit.*. Pp. 159-166.

¹³ C. Molinero y P. Ysás, *La historia social de la época franquista. Una aproximación*, en "Historia social", 1998, n. 30, pp. 133-154. Un buen ejemplo en T. M. Ortega López, *Del silencio a la protesta. Explotación, pobreza y conflictividad en una provincia andaluza, Granada 1936-1977*, Granada, Editorial Universidad de Granada, 2003.

¹⁴ R. de Felice, *Mussolini il duce. Gli anni del consenso 1929-1936*, Turín, 1974 (2ª), pp. 54-56 y 76 ss; del mismo, *Intervista sul fascismo. A cura di Michal A. Ledeen*, Roma-Bari, 1975; del mismo, *Mussolini il duce. Lo Stato totalitario 1936-1940*, Turín, Einaudi, 1981, pp. 156 ss. N. Tranfaglia, *Il labirinto italiano*, Florencia, 1989, pp.

prenderlo, admitir la existencia de un cierto grado de aceptación del régimen en algunos sectores de la población no tenía porqué conducir a una minusvaloración del factor represivo ni de las actitudes de disentimiento y rechazo que se daban en amplios sectores de la sociedad¹⁵. Estos regímenes sólo pudieron mantenerse en la medida en que gozaron del apoyo y consentimiento, más o menos activo, de amplísimos sectores de la población. También hay que señalar la debilidad de las fuerzas de oposición, y constatar que no todas las situaciones conflictivas o actitudes de protesta podían considerarse como manifestaciones de hostilidad hacia el régimen. Entre nosotros y después de una primera negativa a la existencia del consenso se admite que el régimen debió haberse beneficiado necesariamente de unos apoyos sociales y un grado de aceptación entre los ciudadanos que debía ir más allá del estrecho círculo de los poderes económicos, sociales y políticos dominantes. Así, los primeros estudios hablaron de actitudes sociales complejas y combinadas de forma variable en los distintos sectores sociales, es decir, había gamas entre el consenso y la oposición como consecuencia de la mezcla de miedo, resignación y adaptación¹⁶. Años después y con una serie de análisis empíricos por medio, Gómez Roda realizó un catálogo de trabajos sobre el franquismo del que destacaban las actitudes sociales y los instrumentos de socialización¹⁷.

Algo más tarde, J.A. Blanco partía ya de la existencia de un consenso mayoritario y cambiante hacia el franquismo para centrar la atención en la tipología de los fundamentos sociales de la dictadura¹⁸. La coacción, la violencia política, no bastaría por sí sola para explicar su perduración. Para entender la evolución del régimen es preciso estudiar no sólo sus sistemas coactivos sino también sus apoyos y sus canales para generarlos, para lo cual cobran especial importancia los aparatos estatales de encuadramiento social.

59-75; G. Quazza, *Resistenza e storia d'Italia. Problemi e ipotesi di ricerca*, Milán, 1976, pp. 70-104; L. Casali, "E se fosse dissenso di massa? Elementi per un'analisi della 'conflittualità politica' durante il fascismo", en "Italia contemporanea", 1981, n. 144, pp. 101-120. Una visión general del debate en G. Santomassino, *Classi subalterne e organizzazione del consenso*, en "Storiografía e fascismo", Milán, 1985, pp. 99-17.

¹⁵ Recogemos aquí algunas de las puntualizaciones del excelente trabajo dirigido por I. Saz y A. Gómez Roda, *El franquismo en Valencia. Formas de vida y actitudes sociales en la postguerra*, Valencia, Ediciones Episteme, 1999. Ver también C. Calvo, "El concepto de consenso y su aplicación al estudio del régimen franquista", en *España Contemporánea*, 1995, n. 7, pp. 141-158. También, el monográfico coordinado por J. Millán, *Las bases locales del franquismo en el país Valencia* en "Plecs d'Historia local", 2001, n. 95, y el libro de J. Font i Agulló, *¡Arriba el camp! Primer franquisme i actituds polítiques en l'àmbit rural nord-català*, Girona, Diputació de Girona, 2001.

¹⁶ R. Garrabou, J. Lleixa y O. Pellisa, "Prólogo", *Franquisme. Sobre resistència i consens a Catalunya (1938-1959)*, Barcelona, Crítica, 1990, pp. 7-20. Antes se había publicado ya una aproximación al tema en M. Jové i À. Solé, *Franquisme: resistència i consens, 1936-1956*, en "L'Avenc", 1987, n. 108, pp. 64-67.

¹⁷ J. A. Gómez Roda, *Investigacions recents sobre el règim i la societat del primer franquisme*, en "Afers", 1996, n. 25, pp. 675-699.

¹⁸ J. A. Blanco Rodríguez, *Societat y régimen en Castilla y León bajo el primer franquismo*, en "Historia Contemporánea", 1998, n. 17, pp. 359-385.

A renglón seguido, G. Sánchez¹⁹, en un análisis centrado en el primer franquismo, puntualizó que el régimen franquista para adaptarse a las circunstancias, aparte de los elementos políticos utilizados, tejió una amplia y compleja red de intereses con la que captó a determinados grupos sociales y neutralizó a otros, sirviéndose de la política económica y social, mediante las que obtuvo los apoyos sociales necesarios para consolidarse y hacer más profunda su influencia en la sociedad. Se refiere también a la presión propagandística e ideológica y asegura que sirvieron para ensanchar el cauce del consenso entre la población y el régimen. Sostiene que el consenso tiene que analizarse en relación con los apoyos sociales y asegura que se entienden mejor a través de los intereses en sentido amplio que por la conformidad política, o sea el apoliticismo que algunos siguen queriendo resaltar.

Comprobamos así que en nuestra historiografía el análisis del consenso que generó el régimen ha merecido recientemente varios estudios después de años de olvido o rechazo²⁰. No obstante, igual que antes señalábamos el predominio del movimiento obrero dentro de los estudios de historia social también podemos destacar la primacía de los estudios sobre la oposición y de la represión cuando se tratan las relaciones entre el régimen y la sociedad civil. Ambas cuestiones quedan aquí en un segundo plano si bien no podemos dejar de constatar lo mucho que se ha avanzado. De todas formas resta mucho camino por recorrer. Como demostración baste decir que todavía hoy no podemos dar un balance total de víctimas ni un muestrario completo de todas las formas de represión posible que sembraron el miedo entre una sociedad que quedará absolutamente bloqueada a lo largo de toda la dictadura con distintos niveles de intensidad²¹. En cuanto a la oposición algunos la consideran poco menos que un mito por su escasa incidencia real en el derrocamiento de la dictadura, llegándose incluso a destacar la falta de colaboración de los sectores populares con las manifestaciones disidentes²².

Formulemos, pues, algunas premisas a partir de un significativo muestrario de trabajos de historia social sobre el franquismo que demostrarán el avance que habíamos anunciado. Con todo y apoyándonos de nuevo en el trabajo de E. Nicolás²³, seguimos echando en falta mayor atención por la situación social, probablemente por el carácter de las fuentes,

¹⁹ G. Sánchez Recio, *Líneas de investigación y debate historiográfico*, en "Ayer", 1999, n. 33, pp. 17-40.

²⁰ Asumida la existencia de un cierto grado de consenso, se ha pasado ya al estudio de los mecanismos que lo generaron y del control social ejercido por la tríada clásica (Ejército, Falange e Iglesia) así como por la propaganda y la educación. A. Cazorla, *Sobre el primer franquismo y la extensión de su apoyo popular*, en "Historia y Política. Ideas, procesos y movimientos sociales", 2002, n. 8. Pp. 303-319. F. Sevillano Calero, *Consenso y violencia en el "Nuevo Estado" franquista: historia de las actitudes cotidianas*, en "Historia Social", 2003, n. 46, pp. 159-171. Una buena referencia comparativa en R. Gellately, *No sólo Hitler. La Alemania nazi entre la coacción y el consenso*, Barcelona, Crítica, 2002.

²¹ M. Ortiz Heras, *Instrumentos legales del terror franquista*, en "Historia del presente", 2004, n. 3, pp. 203-220.

²² E. Nicolás Marín y A. Alted Vigil, *Disidencias en el franquismo (1939-1975)*, Murcia, Diego Marín, 1999. P. 10.

aunque el panorama está empezando a cambiar sustancialmente, lo que, ahora sí, permitirá la formulación de explicaciones globales. Han proliferado los discursos ideológicos acerca de la ausencia de conflictos como síntoma de aceptación del régimen, pero también contamos con investigaciones que recuerdan la persistencia del viejo sistema de dominación durante la dictadura. De tal manera que aunque la historiografía “reconciliadora” defina la hipotética estabilidad como una herencia del tradicional comportamiento apático del pueblo español resulta cada vez más complicado asumirlo. Así, la resistencia y la movilización contra la dictadura se mantuvieron durante todo el tiempo, pero con distintos niveles o grados en su manifestación²⁴. Además, hay que profundizar en las dos direcciones del consenso, voluntario y, sobre todo, impuesto, pero más desde la perspectiva del pueblo, es decir, de abajo arriba, en especial, cuando cerrado el período de la Transición y del consenso generalizado podemos analizar las persistentes características de los conflictos existentes en la sociedad española. No es posible profundizar en la historia del período franquista sin insistir en investigaciones que, apoyándose en el espacio local, permitan explicar las relaciones de la sociedad con el régimen y las diversas actitudes sociales generadas, y percibir los mecanismos de dominación y su perduración. La historia local está facilitando una historia más profunda y menos aparente porque permite, con mayor facilidad, establecer las posibles redes del poder en el tiempo largo, apreciar mejor las distintas necesidades sociales, entender las lecciones colectivas que se sacaban y ver cómo se articularon las respuestas.

Sabemos hoy mucho de esa verdadera obsesión que se desató por el control de la vida cotidiana²⁵, así como del intento de organizar el ocio. Aspectos en los que jugó un papel determinante la Iglesia católica como principal legitimador y controlador social al servicio del régimen, de tal manera que cuando esta institución experimentó cambios radicales a partir, sobre todo, del Concilio Vaticano II, se empezaron a visualizar pequeñas grietas en esa relación de maridaje que contribuirían a agrandar la crisis final del Nuevo Estado²⁶. El franquismo vació la memoria y quebrantó la voluntad de las clases populares pero no pudo ahogar su cultura de la vida. La fiesta establecía puentes de comunicación interclasista pero constituía un quebradero de cabeza para las autoridades que intentaron aristocratizarlas y encuadraron las

²³ E. Nicolás Marín, “Conflicto y consenso...” *Op.Cit.*

²⁴ Un ejemplo significativo podemos verlo en T. Chistiansen, *Conflictos políticos y administrativos en el sector agrario durante el primer franquismo el caso de Cuenca*, en “Noticiario de Historia Agraria”, 1999, n. 18, pp. 225-245.

²⁵ P. Folguera, *La construcción de lo cotidiano durante los primeros años del franquismo*, en “Ayer”, 1995, n. 19, pp. 165-188.

²⁶ Aunque también sobre este tema queda mucho trecho por recorrer, en los últimos años se han publicado trabajos que analizan muy acertadamente el papel de la Iglesia y la cuestión social. J. Sánchez Jiménez, *La jerarquía clesialística y el Estado franquista: las prestaciones mutuas*, en “Ayer”, 1999, n. 33, pp. 167-186; J. Casanova, *España: de la Iglesia estatal a la separación de Iglesia y Estado*, en “Historia Social”, 1999, n. 35, pp. 135-152; F. Montero, *La Acción Católica y el franquismo Auge y crisis de la Acción Católica especializada*, Madrid, UNED, 2000.

manifestaciones callejeras con una disciplina de desfile militar. El franquismo fue más efectivo cuando utilizó las festividades tradicionales y recatolizó la fiesta que cuando inventó un calendario propio de influencia falangista.

Otra cuestión incorporada recientemente desde la Historia Social es el análisis de la desviación social a seguir, por ejemplo, a través de las sentencias generadas por la justicia ordinaria. Además de las sanciones impuestas que evocan un férreo control social podemos analizar el nivel de aceptación de las normas impuestas, la sumisión ante los roles sociales o la moralidad que intentaba asentar, cuya transgresión era también una forma de resistencia. Entre la teoría y la práctica media un abismo que implica fórmulas de rechazo muy parciales pero que fueron, poco a poco, admitidas por el propio régimen. Así lo podemos ver también en cuestiones como el ocio o las nuevas fórmulas de sociabilidad²⁷, derivadas de la apropiación falangista, al menos en muchos casos, del antiguo y poderoso asociacionismo de muchas zonas del país. La propia Iglesia se lamentaba de cómo la indiferencia religiosa era casi absoluta en los barrios obreros, donde se daba una bajísima práctica del cumplimiento dominical de los adultos y de la población juvenil.

C. Mir²⁸ ha investigado las claves de las actitudes sociales y políticas de comunidades rurales de posguerra. Detecta la predisposición, desde el mismo momento en que finalizó la guerra, de una minoría activa por mantener viva una cultura política –movilización contra la opresión, disciplina revolucionaria, etcétera– que se resistía a ser aniquilada a pesar de la derrota bélica. Dice haber encontrado múltiples actitudes individuales de rechazo de la nueva realidad política y social, pero fueron las cuestiones económicas –racionamiento, cupos, tasas, etcétera– las que alentaron acciones comunitarias de protesta, porque a costa de proteger el fraude a gran escala y el enriquecimiento ilegítimo de unos cuantos, la defraudación se convirtió en una costumbre nacional a la que jugaron multitudes. Especialmente los adictos se consideraban con derecho para quebrantar la ley, a que el régimen hiciera la vista gorda, a cambio de su adhesión. En cualquier caso, la actitud del gobierno, intransigente con unos y benevolente con otros, acabó situando al estraperlista y pueblo llano que sobrevivía gracias a una red de solidaridades primarias en el mismo bando, convirtiendo la especulación en una nueva categoría moral, aunque para muchos no pasara de ser una simple estrategia de supervivencia.

²⁷ P. Solà Gussinyer, *La repressió de la sociabilitat organitzada al primer franquisme: política, moral pública i esbarjo a les associacions i exassociacions. Estudi d'un cas. L'Ateneu de Solsona, en Segon Congrés Recerques, Op.Cit.* Pp. 1228-1246. Estos aspectos fueron ampliamente tratados en el *V Encuentro de investigadores del franquismo* por Isidro Sánchez y Jorge Uría.

²⁸ C. Mir Curcó, *Vivir es sobrevivir. Justicia, orden y marginación en la Cataluña rural de posguerra*, Lleida, Milenio, 2000. También, *Justicia civil y control moral de la población marginal en el franquismo de posguerra*, en "Historia Social", 2000, n. 37, pp. 53-74.

En el terreno de la moral católica el nacionalcatolicismo afectó a toda la sociedad. No obstante, tuvo especial repercusión en el mundo rural, donde la Iglesia, con especial protagonismo de los párrocos rurales, generó sumisiones e intervino activamente en el proceso de articulación de adhesiones y rechazos hacia el nuevo orden. La denuncia y la delación formaron parte del nuevo código político. A través de él se procedió a la politización de la sociedad y por medio de su práctica se avanzó en la creación del consenso hacia un régimen necesitado de adhesiones inquebrantables.

El gran dilema del franquismo fue hacer compatible la eliminación de la disidencia con la necesidad de convencer. Además de controlar y criminalizar los valores democráticos había que crear opinión. Así la posibilidad de cooperar con el régimen se abrió por las duras condiciones de vida material de los más necesitados y por pequeñas concesiones que el régimen supo permitir, ya fuese en materia de consumos y abastos, donde la transgresión fue tolerada a cambio de la fidelidad, o en el campo de la cultura²⁹ y la diversión. Al igual que F. Cobo³⁰, vislumbramos un horizonte mejor debido a la apertura de nuevos archivos y la puesta a disposición de los investigadores de fondos documentales hasta ahora inaccesibles que van a permitir la exploración de nuevas vías por las que en los próximos años seguirá discurriendo una necesaria y sin duda prometedor historia social del régimen franquista.

En referencia al papel de los apoyos sociales es difícil afirmar que el franquismo no buscó nunca la aceptación y el consentimiento de los gobernados sino sencillamente la obediencia, o que se propusiera exclusivamente la desmovilización, la despolitización y la extensión de la indiferencia política. Por contra, el régimen no sólo no descuidó el conocimiento exhaustivo de las opiniones y actitudes políticas de los españoles y desarrolló proyectos y actuaciones para mantener sus originarios apoyos, sino que hizo esfuerzos notables para ampliarlos, incluso entre sectores considerados hostiles, mediante la difusión propagandística, el control de los medios de comunicación, la utilización instrumental del sistema educativo o los reiterados intentos de socialización política, cuyos fracasos habrá que investigar en profundidad. En este caso, debemos subrayar, una vez más, la importancia de los estudios de historia comparada. Al margen de la especificidad del caso español, el franquismo debe ser entendido dentro de lo que fueron los movimientos y regímenes fascistas en la Europa de entreguerras. Aunque con cierto retraso, también aquí se empieza a señalar el camino correcto cuando se estudian esos apoyos sociales desde las más clásicas interpretaciones (liberal, radical-

²⁹ Una reciente publicación que ofrece otra visión sin “héroes antifranquistas” es la de J. Gracia García, *La resistencia silenciosa. Fascismo y cultura en España*, Barcelona, Anagrama, 2004.

³⁰ F. Cobo Romero, *La historia social... Op. Cit.*

democrático o marxista) pero con una visión crítica que ha evitado la consolidación de cualquier paradigma alternativo³¹.

J.J. Adrià³² sugirió cuatro factores fundamentales en la producción de consentimiento: la represión política, la clasificación de los españoles en adictos, indiferentes y desafectos, el recuerdo de la guerra y la necesidad de la gente de adaptarse a la nueva situación porque frente a la dureza de las experiencias pasadas, se optó por la posibilidad de rehacer las vidas, de construir una cotidianidad menos atribulada, que se convirtió en una exigencia social. Entre los adictos pudo gustar más o menos algún aspecto de la dictadura y pudieron comportarse de manera hipócrita y con doble moral, pero el pertinaz miedo a la revolución actuó de férrea soldadura entre todos ellos. Los indiferentes podían aceptar el régimen de manera más activa o más pasiva, pero casi siempre como mal menor.

Muchas veces hemos partido de típicos clichés que inducen a error. Por ejemplo pensar que las clases trabajadoras, por norma, se oponen al sistema, mientras que para las clases burguesas era obvio su apoyo al régimen. Las clases burguesas constituyeron el primer apoyo social, aunque no el único, al franquismo en sus orígenes. Pero sería erróneo considerar a la dictadura como un simple instrumento al servicio de estas clases, tanto como al margen de los intereses sociales. Hay que abandonar los apriorismos que dicen que estas actitudes vienen determinadas por estructuras sociales, adscripciones de clase o niveles de modernización. Las identidades sociales son tan fundamentales como las tradiciones culturales, ideológicas y políticas, las creencias religiosas y las diferencias regionales. Por todo ello son cada vez más numerosos los trabajos que destacan la importancia del estudio de los apoyos sociales y de la representación simbólica de lo social en la dictadura franquista³³. En las múltiples ambigüedades de la vida cotidiana la gente común, actuaría dentro de los variados tonos del consenso activo, la acomodación y la no conformidad. Las actitudes de aprobación, rechazo o aceptación podían aparecer mezcladas. Podemos establecer una gama escalonada de actitudes a partir de las nociones de aceptación y distancia en las que influyeron poderosamente el cansancio de la población, la exclusión social de la oposición más beligerante y, naturalmente, el saneamiento de la economía nacional. La primera englobaría la resignación, el apoyo y la adhesión; la segunda, la desviación, la disidencia y la oposición. La mezcla de varias de estas actitudes en un mismo individuo sería la situación más típica. No todos los ciudadanos se comportaban del mismo

³¹ E. González Calleja, *Los apoyos sociales de los movimientos y regímenes fascistas en la Europa de entreguerras: 75 años de debate científico*, en "Hispania", 2001, LXI/1, n. 207, pp. 17-68.

³² J. Adrià, *Los factores de producción de consentimiento político en el primer franquismo: consideraciones apoyadas en el testimonio de algunos linarios corrientes*, en I. Saz y J.A. Gómez Roda, *El franquismo en Valencia... Op. Cit*, pp. 117-158.

³³ R. Moreno Fonseret y F. Sevillano Calero, *Los orígenes sociales del franquismo*, en "Hispania", 2000, LX/2, n. 205, pp. 703-724.

modo, eran igualmente receptivos a las distintas ofertas o desarrollaban los mismos mecanismos de aceptación o distanciamiento. El problema, como señala I. Saz, estriba en cómo calibrar, definir y sistematizar la amplia gama de actitudes que los diversos ciudadanos pudieron adoptar en distintos momentos y circunstancias.

El apoyo al Nuevo Estado de las clases burguesas no fue homogéneo. En algunos sectores iba acompañado de una adhesión plena y activa, en tanto que en otros el régimen fue consentido pasivamente, incluso como “mal menor” ante la ausencia de alternativas satisfactorias. Ahora bien, mantuvieron su apoyo al régimen porque siempre valoraron más su seguridad en la defensa de sus intereses que un futuro incierto que provocaba desconfianzas y temores. En sus orígenes, el régimen dispuso también de notables apoyos en las clases medias, si bien en estos sectores fueron numerosas las actitudes disidentes, aunque silenciosas y pasivas que no se manifestaron nunca más allá del ámbito privado por lo que podemos hablar de una aceptación pasiva del régimen³⁴. A falta de nuevas investigaciones podemos suponer que las actitudes más extensas de apoyo al franquismo entre las clases medias se dieron en buena parte de la España interior, especialmente en aquellas zonas donde estaba muy consolidada una cultura política conservadora, donde el catolicismo disponía de una abrumadora influencia social y una gran capacidad movilizadora. En la periferia estos apoyos responden a la intensidad y virulencia de los conflictos sociales e ideológicos vividos.

Pocas dudas caben respecto al rechazo y la hostilidad de las clases trabajadoras españolas hacia la dictadura en el primer franquismo. Esta oposición tampoco se tradujo en acciones masivas de protesta o de apoyo a los grupos antifranquistas, por lo que fue esencialmente pasiva, debido al miedo que generalizó la represión y la falta de expectativas razonables de cambio que estimuló la resignación, reforzada a medida que se conseguía la aceptación internacional. Entre los más conscientes la actitud de consentimiento no fue interiorizada como colaboración u oportunismo³⁵. Muchos ni siquiera transmitieron la memoria de las esperanzas revolucionarias. Cada cual tuvo que aprender a resistir a la vez que intentaba sobrevivir. Es preciso insistir en el papel del recuerdo de la guerra civil como factor paralizador, así como la decepción e incluso el rechazo respecto a actuaciones de grupos y dirigentes republicanos y obreros, algunos de los cuales –verbigracia, antiguos cenetistas–, fueron cooptados por el vertical. Asimismo, también se detectan amplias capas obreras en las que la actitud predominante fue la indiferencia política, especialmente entre aquellos

³⁴ J. Tusell, *La dictadura de Franco a los cien años de su muerte*, en “Ayer”, 1993, n. 10, pp.13-28.

sectores que habían permanecido al margen de la intensa movilización de los años treinta. Por último, no podemos olvidar las actitudes de apoyo a la dictadura, –privilegios de excombatientes, oportunidades de trabajo y ascenso social, en empresas, el partido o la administración–, cuyo estudio, a partir por ejemplo de historias de vida, es imprescindible para evitar visiones simplistas.

Violencia y consenso fueron complementarios, mas no hay que confundir consentimiento con convencimiento e identificación. No es lo mismo el apoyo de los vencedores, que la parálisis de los vencidos reducidos al silencio; tampoco adherirse inquebrantablemente al régimen que alimentar y participar de la conciencia de derrota; ni asumirlo sin interés ni rechazo como otra manifestación del ejercicio del poder, o como un mal menor frente a peligros mayores, o incluso, como el fatal resultado de errores individuales o colectivos. Sea como fuese, lo que no podemos discutir es que entusiasmo, temor o necesidad sirvieron para consolidar y mantener a la dictadura. Con las transformaciones de los años sesenta se consiguió alcanzar un consentimiento mayoritario que, sin olvidar las circunstancias antes comentadas, lleva a algunos colegas a hablar de *época del consenso*

Y es que, a pesar de todo, a partir de los años cincuenta, el fracaso parcial de la socialización política entre los jóvenes, los cambios desarrollados en el seno de la Iglesia Católica y la aparición de la sociedad de consumo, que en un principio favoreció la pasividad política y la aceptación del régimen, se tradujeron en cambios que reflejaron el inmovilismo de la dictadura, estimularon la aparición de situaciones conflictivas y el aumento de las actitudes políticas de oposición. Con todo, la dictadura conservó hasta su fin apoyos notables entre las clases medias, especialmente, en las generaciones que vivieron la guerra civil. Para entonces, los problemas estructurales de la sociedad española, represión, hambre, discurso legitimador, valores impuestos, habían hecho mella en colectivos como las amas de casa, especialmente en ámbitos rurales y urbanos donde no hubiera estudiantes o trabajadores “conscientes”, que adoptaron posturas netamente conservadoras que se impregnaron en sus respectivos hogares, contribuyendo a reproducir ideas que tenían que ver con la reclusión en lo privado, la desmovilización, la despolitización y la aceptación por omisión y apatía del propio régimen, cuyas reglas de juego no se discutían ni criticaban, eran infranqueables.

El cambio generacional fue un factor esencial en la disminución de la pasividad obrera de los años cincuenta. Creció la joven clase obrera industrial, disminuyó el número de jornaleros, mejoraron las condiciones de vida y, en paralelo, disminuyó la hostilidad hacia el régimen

³⁵ R. Reig, *Repertorios de la protesta. La oposición como colaboración y oportunismo*, en I. Saz y A. Gómez, *El franquismo.. Op. Cit.* También, R. Reig, *Estratègies de supervivència i estratègies de millora. Els treballadors al País Valencià durant el franquisme, 1939-1975*, en “Afers”, 1995, n. 22, pp. 459-491.

pero creció la oposición obrera y la conflictividad laboral debido también al impacto de nuevos valores sociales y culturales difundidos por los medios de comunicación y las expresiones artísticas. El miedo paralizador provocado por el impresionante despliegue represivo tuvo un efecto contraproducente ya que impidió también mayores cuotas de adhesión. Pero, en cualquier caso, no olvidemos que actitudes de oposición activa y organizada sólo se pueden detectar en una minoría heroica y luchadora. Además, se ha caído en demasía en el error de no apreciar una posible crítica de la realidad por parte de las clases sociales diferente del acuñado por las elites de la oposición, y se ha olvidado tener en cuenta posturas que rechazaban la vía política.

Otros movimientos sociales como el movimiento estudiantil y el vecinal han llamado también nuestra atención³⁶. El primero tuvo un carácter eminentemente político, y el segundo fue especialmente dinámico en los barrios con grandes déficit de servicios y urbanísticos, nucleado por militantes antifranquistas, y sirvió de ámbito de socialización democrática y participativa. Sin duda alguna, éste es todavía uno de los aspectos menos explorados y que deben ayudar más a la comprensión del tramo final del franquismo y de los primeros años de la transición, una vez que legalizados los partidos políticos se produjera el *desembarco* de sus principales dirigentes hasta dejar en una verdadera orfandad al movimiento vecinal del que tardaría tiempo en recuperarse. Pensando en la Transición el proceso de modernización de la sociedad española será tan clave como la conflictividad social de cara a asumir reivindicaciones democráticas. Compromiso sindical y político eran sinónimos y repercutían en un mayor grado de politización. Cabe preguntarse pues en qué medida la presencia de minorías politizadas dificultó actitudes inhibicionistas, o cómo la conflictividad social y la tensión socio-política acabó haciendo mella en algunos importantes sectores de las clases burguesas, que empezaron a manifestar una creciente pérdida de confianza en la capacidad del régimen para asegurar el orden social. O en qué medida la movilización social forzó cada uno de los pasos políticos e hizo inviables proyectos continuistas. Aunque estos conflictos no provocaron el derrumbe de la dictadura sí contribuyeron a erosionar el continuismo³⁷.

³⁶ M. Á. Ruiz Carnicer, *Actitudes políticas, sociales y sindicales de los estudiantes universitarios españoles (1939-1960)*, en *L'Université en Espagne et en Amérique latine du moyen âge à nos jours*, Actes du colloque de Tours, 1990, pp. 397-422.

³⁷ X. Domènech Sampere, *El cambio político (1962-1976). Materiales para una perspectiva desde abajo*, en "Historia del presente", 2002, n. 1, pp. 46-67.

Para el medio rural Bernal³⁸ asegura que las organizaciones jornaleras andaluzas apenas mostraron una tenue resistencia a la sublevación fascista. Las distintas variantes de represión explican que en muchos terminase por quebrar la capacidad de resistencia y que, la necesidad les hiciese mostrar docilidad con los verdugos. Sin embargo, la resistencia al franquismo de los jornaleros y campesinos fue un hecho. *Los hombres de la sierra* contaron casi siempre con la discreción, cuando no con el apoyo efectivo, de la población rural. Font³⁹ ha añadido que orden, –auto– sobreexplotación y estraperlo constituirían los vértices de ese imaginario colectivo, mediatizado por el discurso hegemónico de la burguesía agraria, que convertía a buena parte de los pequeños y medianos propietarios, y los colonos acomodados, en consumidores disciplinados y protagonistas de aquella política que silenciaba la situación de hambre y miseria de gran parte de la población –en ocasiones ellos mismos– y que tergiversaba cualquier muestra de oposición al régimen. Hasta finales de los cincuenta, este campesinado de pequeños y medianos propietarios se erigirá en la principal cantera de reclutamiento del régimen.

De fértiles se pueden calificar los estudios sobre la opinión pública que, en cierto sentido, inició Bermejo en 1993⁴⁰. Sabemos que entre 1942 y 1945 se organizaron en España tanto estudios cualitativos como estadísticos que perseguían proporcionar a propagandistas y otros dirigentes del Estado un conocimiento de la opinión. Luego vendría, en 1963 con Fraga en Información y Turismo, el Instituto de la Opinión Pública. Las primeras iniciativas de *auscultación* parecen remontarse a finales de 1942 y principios de 1943 y la creación del primer Instituto de la Opinión Pública hacia 1942. Ahora bien, la Guerra Civil y sus consecuencias habían desmantelado buena parte de las estructuras capaces de formar opinión.

En paralelo con el anterior pero con mayor continuidad han ido apareciendo los trabajos de F. Sevillano⁴¹ preocupado también por el grado de consenso de la posguerra. Insiste en el interés gubernamental por conocer el estado de opinión “latente” entre la población, procurando su manipulación mediante la difusión de una ideología oficial a través de unos aparatos ideológicos de Estado, como eran la enseñanza y los medios de comunicación social, para procurar la legitimación de la dictadura. Fracasado su objetivo de conseguir la adhesión de la

³⁸ A. M. Bernal, *Resignación de los campesinos andaluces: la resistencia pasiva durante el franquismo*, en *España franquista. Op. Cit.*, pp. 145-160. El autor ha vuelto otra vez sobre el tema, ahora con más elementos argumentales en *Sindicalismo jornalero y campesino en España (1939-2000)*, en Á. L. López Villaverde y M. Ortiz Heras (eds.), *Entre surcos y arados*, Cuenca, UCLM, 2001, pp. 17-46.

³⁹ J. Font Agullo, *El orden del miedo ¿adictos o indiferentes? Actitudes socio-políticas en una zona rural durante el primer franquismo*, en “III Encuentro de investigadores del franquismo”, Sevilla, 1995, pp. 76-87.

⁴⁰ B. Bermejo Sánchez, *El Estado franquista y el nacimiento de los estudios sobre la opinión pública en España*, en “El Régimen de Franco (1936-1975)”, Madrid, UNED, 1993, pp. 435-452.

mayoría a través de la labor propagandística, ésta apenas sirvió para satisfacer las demandas de la coalición reaccionaria y sus apoyos sociales, es decir, para autoconsumo interno.

Tras el aparente acatamiento al régimen y de su constante preocupación por las cuestiones sociales, en especial demostrados por los miembros de la Falange, pocas veces traducidas en soluciones reales, ya conocemos el creciente malestar de la población por las durísimas condiciones de vida y la persistencia de convicciones políticas democráticas e izquierdistas en algunos sectores de la sociedad⁴². El autor también llega a la conclusión que el régimen fue incapaz, aunque lo pretendió, de generar más apoyos que los existentes en el momento del inicio de la guerra. En un momento dado es importante el aumento de españoles que escuchan emisoras extranjeras de radio. Esto es conocido por el régimen que no puede o no quiere hacer nada para evitarlo, aunque el propio autor admite que la capacidad persuasiva de la propaganda durante la dictadura fue reducida⁴³. También es de la opinión Sevillano que el proceso de socialización política fracasa, sin embargo, dice que arraigaron en el imaginario colectivo algunas ideas como el peligro comunista o la misma figura de Franco, elemento aglutinador y de continuidad, o la neutralidad del régimen. Evidentemente que fue así, por tanto, no conviene generalizar. El fracaso sólo fue relativo y en algunas parcelas, ya que no pocas consignas calaron hondo entre una amplia mayoría de españoles. Por ejemplo, se dice que el ambiente público era de indiferencia, preocupándose la gente por sus problemas personales, sobre todo económicos. En esto tiene también parte de responsabilidad la batería de consignas dictadas por el Estado aunque lógicamente, la represión, el hambre, la impotencia y las ganas de recuperar una cierta normalidad no le fueron a la zaga. Se podía llegar a criticar algún instrumento del aparato, caso de la Fiscalía de Tasas o a la propia política de abastos, pero nunca se atacaban las esencias del sistema y a su mentor. Esto serviría también para consolidar la idea de una doble moralidad o legalidad, la teórica y la práctica, que en el caso del mercado negro fue especialmente paradigmático.

Se ha extendido la opinión acerca del limitado alcance de la política social del régimen, asunto, por otra parte, todavía poco explorado en proporción a la importancia que los propios responsables políticos le concedían, pero que también contribuyó al consentimiento del régimen⁴⁴. La Organización Sindical suscitaba opiniones contrarias, criticándose tanto su burocracia

⁴¹ F. Sevillano Calero, *Actitudes políticas y opinión de los españoles durante la postguerra (1939-1950)*, en "Anales de la Universidad de Alicante, Historia Contemporánea", (1991-1992) n. 8/9, pp. 53-68. Y *Ecos de papel. la opinión de los españoles en la época de Franco*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2000.

⁴² La documentación generada por el propio partido en cada delegación provincial hace especial hincapié en el malestar ciudadano. D.A. González Madrid, *La Falange manchega 1939-1945. Política y sociedad en Ciudad Real durante la etapa "azul" del primer franquismo*, Ciudad Real, BAM, 2004.

⁴³ F. Sevillano Calero, *Consenso y violencia... Op. Cit.* P. 171.

⁴⁴ C. Molinero y P. Ysas, *La política social del régimen franquista. Una asignatura pendiente de la historiografía*, en "Ayer", 2003, n. 50, pp. 319-331.

tización como la misma naturaleza y fines de sus funciones, al tiempo que la mayoría de los trabajadores desconocía, en gran medida, las distintas obras sindicales, a excepción de Educación y Descanso, que conseguiría una penetración real en el asociacionismo de muchas regiones y, Obras Sindicales, como la del Hogar, de gran impacto social por contribuir a rebajar el malestar reinante. Sin embargo, esto contrasta con algunos trabajos que aseguran haber comprobado un importante grado de aceptación de determinadas medidas y personajes como Girón. Pervive, por ejemplo, un recuerdo gratificante respecto a las actividades asistenciales que cumplieron su misión de parche en los años de la autarquía y coacción al implicar forzosamente e, incluso, punitivamente a los españoles en la tarea asistencial.

Sevillano habla de un ambiente general que continuaba caracterizándose por la apatía para el final del franquismo, cosa que requiere todavía más demostraciones ya que esa actitud estaba cada vez menos generalizada. A esta conclusión llega, entre otras cosas, a partir de los informes FOESSA. Los problemas “domésticos” seguirán siendo los más atendidos, lógicamente, pero la minoría consciente había aumentado aunque no fuera mayoritaria. No creo que se pueda reducir la situación a optimismo o pesimismo desde la década de los sesenta a los setenta por la crisis económica y política. Comparto con él que la existencia de una aparente actitud apática no siempre significa, sobre todo bajo un régimen dictatorial sin garantías de libertades públicas y sin canales participativos al margen de los oficiales o oficiosos, la total ausencia de conciencia política, que normalmente se manifiesta a nivel privado e incluso a través de distintos canales informales de comunicación, sobre todo, el rumor y la información clandestina, pero también en ámbitos de sociabilidad donde progresivamente va tratándose la política.

Como viene sosteniendo I. Saz⁴⁵, la diferencia que se ha establecido entre consenso activo y pasivo parece necesaria. Las dictaduras trabajaron para articular un consenso activo de los ciudadanos para lo cual multiplicaron las ofertas e instrumentos de integración pero también los de exclusión social, étnica y cultural. Con el tiempo la represión política disminuyó progresivamente y se hizo más selectiva. En el caso español la represión fue perdiendo intensidad, aunque como elemento estructural que era nunca desapareció, pero no porque se hubiera concebido de forma transitoria ni porque hubiera aumentado el apoyo popular. Por supuesto, aspiraban a ganarse el consentimiento y apoyo de la inmensa mayoría de la población pero no priorizaron la búsqueda de un consenso activo y entusiasta, más preocupados en aplicar la venganza y el exterminio del enemigo político. Se privilegiaron más los elementos de

⁴⁵ I. Saz, *Entre la hostilidad y el consentimiento Valencia en la posguerra*, Op. Cit. pp. 9-35.

consenso pasivo que los del activo hacia un proyecto reaccionario que a ellos mismo les generaba inseguridad.

Soy consciente de lo mucho que queda por hacer, en especial en cuanto a los últimos años del régimen, pero creo que no debemos seguir calificando de cenicienta a la historia social durante la dictadura franquista.